

TONI PADILLA

**Prólogo:  
No hay nada  
más  
pasoliniano  
que el fútbol**

Veinte días antes de la muerte de Francisco Franco, asesinaron a Pier Paolo Pasolini. Solamente veinte días entre la muerte de un dictador en la cama, rodeado de sus seres queridos, y la muerte violenta de un poeta, apaleado. Solo, en un rincón perdido de la periferia de Roma. «Hemos perdido, por encima de todo, a un poeta. Y poetas no hay tantos en el mundo. Solo nacen tres o cuatro en un siglo», dijo Alberto Moravia en el funeral de Pasolini. «Todo esto ha perdido Italia», añadió al borde del llanto.

España no perdió a Pasolini, pues no lo tenía. Una dictadura como la de Franco jamás hubiera permitido que por las grietas de sus muros entrara la obra pasoliniana. Él era un enemigo, pues, además de ser de izquierdas, era una mente libre. Cuando España se liberó de Franco, Pier Paolo ya no estaba, aunque quedaba su obra, que llegó tarde y con dificultades, dado que Franco se fue, pero el franquismo no tanto. En ocasiones me gusta imaginar qué hubiera sucedido si esa fatídica noche de noviembre de 1975 Pasolini hubiese decidido ir a dormir después de cenar en el barrio

de San Lorenzo de Roma. Y lo imagino visitando España, escandalizando a los guardianes de las esencias del franquismo que por entonces buscaban la forma de seguir en el poder y ocultaban las viejas fotos donde aparecían brazo en alto para poder parecer así demócratas. Imagino a Pasolini en Granada, siguiendo los pasos de Lorca. Y por esos barrios grises de las periferias de Madrid o Barcelona, pateando un balón. España descubrió tarde a Pier Paolo Pasolini, un genio que caminó siempre por rutas poco transitadas por los intelectuales, donde esperaba encontrar gente de la calle. A aquellos *ragazzi di vita*. A gente con la que podía hablar de *calcio*. Y si se daba la oportunidad, improvisar un partido. Siempre es una buena idea visitar los caminos por los que anduvo Pasolini. De eso trata este libro. No, no se trata de un libro de fútbol. Se trata de un poeta que entendió mejor que otros que este deporte no deja de ser un lenguaje con el que puedes hablar con todo el mundo, con el que crear puentes. Y también una forma de expresión popular. Para Pasolini, el fútbol era un lenguaje que permitía a personas que no tenían un altavoz explicar sus sentimientos, sacar de dentro la rabia o poder lanzar gritos de alegría, cuando su vida era bastante dura.

No hay nada más pasoliniano que amar el fútbol. Pasolini siempre escandalizó a las élites. Era católico, aunque los obispos lo consideraban un demonio, pues era comunista. Era comunista, aunque escandalizaba a los dirigentes del partido, pues era homosexual. Era intelectual, aunque asustaba a sus compañeros de tertulias, pues amaba el fútbol. A los futbolistas de su amado Bologna también los escandalizó, cuando en un programa de televisión les preguntó sobre sexo en aquella Italia que fingía públicamente ser puritana, cuando por detrás no dejaba de ser la misma Italia del *Decamerón*

de Boccaccio, que Pasolini convirtió en un delicioso film en 1971. La Italia pecadora y amante de los placeres de la carne. Pasolini siempre fue más sincero que los otros.

El libro de Valerio Curcio es un homenaje precioso a Pasolini. Si algún intelectual mira la cubierta con cierto desdén, pues aparece la palabra «fútbol», se tratará de una pequeña victoria. Significará que ese tipo engreído no ha entendido quién era Pasolini. Muchos intelectuales han dado la espalda al fútbol, encerrados en sus torres de vanidad y esnobismo. El poeta, jamás. Por eso hablar de fútbol es pasoliniano. Por eso seguir sus pasos por bares, campos de tierra y estadios es un bonito homenaje a una figura que, desgraciadamente, sigue siendo relativamente desconocida en España. Italia perdió un poeta en 1975. España, ni eso. Algo bueno tendrá, supongo; solamente lo podemos ganar, gracias a obras como esta.

Sin embargo, Pasolini sí conocía España. Había leído a Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti y, cómo no, a García Lorca, nuestro poeta asesinado. Había publicado textos sobre Picasso y Dalí. Y con el poeta catalán Carlos Cardó había editado una antología de poesía en catalán con textos de Jacint Verdaguer, Josep Carner o Carles Riba. A él, que le gustaba escribir en friulano, le interesaba cualquier expresión popular. Ya fuese una lengua, un dialecto, un pastor tocando una gaita o un partido de fútbol. La magia de Pasolini era esta. Con ojos llenos de luz, era capaz de descubrir la belleza entre un grupo de obreros. Allí encontraba el rostro que convertiría en actor en un film bíblico. Sin perder la mirada crítica, sabía encontrar belleza en un partido o los Juegos Olímpicos de Roma.

A los cien años de su nacimiento, la voz de Pasolini es más necesaria que nunca. Toca volver tras sus pasos. Y no

siempre es fácil. Valerio Curcio lo ha conseguido con la tenacidad de quien no siente que está trabajando, pues disfruta. Este libro es un gesto de amor, un acto de rebelión que reivindica a Pasolini en una época oscura en la que muchas de las ideas que él encarnó son criticadas. En una época donde estar más conectados nos convierte en gente sedentaria, atados a una silla delante de una pantalla, el trabajo de Curcio es una ventana abierta. Curcio es de esos que quiere ver con sus ojos el campo donde se enfrentaron el equipo de rodaje del film de Pasolini y el de Bertolucci, un periodista que quiere estar delante de Dacia Maraini, para poder ver cómo mueve las manos y se emociona recordando a Pier Paolo. Algunas de las enseñanzas que nos dejó Pasolini fueron el valor de gestos que no siempre se valoran, el valor de ir físicamente a un sitio, de tocar con las manos un libro viejo, del olor del incienso en un paisaje árabe. Así se ha escrito este libro, con la mezcla perfecta entre ser riguroso y tener alma. Así era Pasolini. Él entendió que en esta vida existen pocas sensaciones mejores que notar el cuerpo de una persona que deseas al lado del tuyo y poder marcar un gol. Golpear el balón y seguir con la mirada su trayectoria, hasta que escuchas el ruido de las redes. Siempre he pensado que en las fotos donde aparece jugando al fútbol, Pasolini parece más bello. Qué tristeza no haber podido tener al poeta viajando por España. Qué frustración no haber podido estar en la misma mesa que él hablando de fútbol. Si Pasolini hubiera llegado a los cien años de vida, este libro que tenéis en las manos se habría escrito después de una larga conversación con Valerio Curcio. Y él, anciano, maldeciría no poder marcar ya goles. Y nos hablaría en su piso del barrio del EUR, de cómo le gustaba Totti, de las ideas que no comparte con los dirigentes de la Juve y de

cómo sigue amando al Bologna, pese a que ya son muchas décadas las que lleva sin ganar un título. Estoy seguro de que esta charla se habría producido.

Ni lo dudo.

*Barcelona, 29 de marzo de 2022*

# Introducción

El que forman Pasolini y el fútbol es un binomio muy sugerente. Por un lado, un deporte que hoy supone una de las más florecientes industrias del entretenimiento, un espectáculo que, no obstante soporte cada vez más una comercialización desenfrenada, todavía emociona gracias a las historias que se cuentan de los protagonistas y, sobre todo, a las historias de amor entre los aficionados y los equipos a los que siguen. Por el otro, la figura de un intelectual incómodo por definición al que —pasados casi cincuenta años desde su muerte— se le ha tributado el homenaje más importante que puede hacerse, el ser rehabilitado gracias al redescubrimiento de sus cualidades artísticas, aunque se haya hecho a veces en clave comercial. Hace años que, de hecho, Pasolini recibe considerable atención en los medios de comunicación y en las actividades culturales de todo tipo: películas y grafitis, redes sociales y exposiciones, espectáculos teatrales y *performances* a pie de calle. Por eso no debe sorprender que este libro, consciente de querer evitar las lecturas simplificadoras que algunas publicaciones han hecho de Pasolini, pretenda centrarse en la relación de Pasolini con el fútbol, un asunto visto como secundario dentro de la producción artística del escritor.

En el redescubrimiento de Pasolini, el relato de su experiencia humana y creativa ha sido banalizado con frecuencia hasta ser catalogado apenas como obra del «poeta de los arrabales», del intelectual que dio dignidad a la periferia urbana viviéndola y contando lo que allí sucedía. Desde otro punto de vista, aspectos importantes de su poliédrica actividad han llamado menos la atención; por ejemplo, su papel de militante comunista no ortodoxo, de durísimo crítico de la sociedad de consumo y de profundo investigador de las relaciones entre los grupos de poder político e industrial. La sociedad de consumo que criticaba Pasolini, que hoy ha llegado a niveles inimaginables entonces, sirve para multiplicar en serie su imagen hasta convertirlo casi en una «marca» gracias a una peculiar operación de mercadotecnia *post mortem* que ya tuvo un precedente ilustre: Che Guevara.

Esto, obviamente, distorsiona también la explicación excesivamente estereotipada —y a veces desconcertante— que se hace la relación entre Pasolini y el balón. Y de aquí parten las premisas y los motivos para escribir un libro centrado en Pasolini y el fútbol. El principal es que esta relación va más allá de la imagen superficial que puede llegar a ofrecer una foto suya en un campo de tierra, o vestido elegante entre chavales vestidos con harapos, o una cita breve sobre la liturgia del fútbol de élite en la sociedad contemporánea. La relación de Pasolini con el fútbol fue algo más que un contacto superficial, pues significó una inmersión completa, sincera, profunda y caleidoscópica, tan compleja que resulta difícil ver repetida en el más entusiasta de los estudiosos sobre fútbol o en el más airado de los hinchas.

Desde esta perspectiva, el libro se estructura para que el fútbol sea el centro del mismo y se pueda acceder a él a través de una aproximación multiforme y totalizadora. Es decir, se

trata de recomponer una especie de mosaico articulado en cinco capítulos dedicados a las diferentes, pero complementarias, directrices que organizaron su relación con el balón: el amor incombustible por el Bologna (equipo de sus amores desde joven), la experiencia como futbolista aficionado (desde los campos de los arrabales romanos hasta los más impresionantes estadios de Italia), la aparición del fútbol en muchas de sus obras (de los relatos más breves a las novelas más extensas), su esporádica pero intensa actividad de periodista deportivo (desde las crónicas de un derbi romano a las de las Olimpiadas de 1960); por último, la escritura de profundos y originales estudios sobre el fútbol en la sociedad contemporánea. Es posible que la esencia más original de la relación de Pasolini con el fútbol pueda saborearse en la personalísima interpretación socio-antropológica que hace, en la «lingüística del balón» que permite leer el fútbol como sistema de comunicación a través del cual se materializa el «rito sagrado» del partido en el estadio, un rito que se celebra con la presencia compartida entre hinchas/fieles en las gradas y los veintidós jugadores/sacerdotes en el césped. En definitiva, el fútbol visto como lenguaje universal, como instrumento de comunicación, de intercambio, de participación: de los campos de tierra de los barrios pobres a los inmensos escenarios de la primera división.